

# Queridos monstruos

(10 cuentos para ponerte los pelos de punta)

Elsa Bornemann

loquele<sub>o</sub>

*A Harlem*  
*—pequeña amiga que anda por mis sueños—*  
*con la esperanza del encuentro*  
*en los días que vendrán.*

## PRÓLOGO

Los espectros no estamos a salvo del aburrimiento y cada cual emplea su método para combatirlo, igual que los seres vivos.

El mío –por ejemplo– es mirar algún programa de televisión. Para ello, suelo atravesar las paredes de una casa próxima al teatro en donde estoy instalado. Entonces, veo lo que la familia que reside allá haya seleccionado como entretenimiento.

Ni cuenta que se dan de mi presencia ya que permanezco invisible a voluntad, como es obvio.

Elegí esa casa porque sus habitantes disfrutaban de esta era de comunicación intersatelital –antena parabólica incluida– y así les resulta posible sintonizar transmisiones de todo el mundo. Por eso, pude ser un espectador más de aquel programa lanzado al aire desde la República Argentina.

¡Qué conmoción interior se me produjo cuando –de repente– se proyectó la imagen en colores de esa rubia, invitada a un ciclo periodístico!

Era *ella*, sin duda. La reconocí –de inmediato– a pesar de los años transcurridos desde las lejanas oportunidades en que había estado conmigo. Una nena entonces. Una mujer

ahora. Una escritora –“de notable éxito”, anunciaban– que sonreía a las cámaras mientras era sometida a un reportaje en torno a su literatura de terror... y declaraba que Frankenstein había sido su monstruo favorito durante la infancia... Para colmo, comentaba –con lujo de detalles– la amorosa anécdota de sus primeros encuentros y pregonaaba que él mismo le había escrito el prólogo de *¡Socorro!*, su último libro de cuentos de miedo publicado...

Grrr. Arfff. Puaj. Babas verdes empezaron a deslizarse desde las comisuras de mis labios. En el estómago... ácido, bebé. La envidia me corroía el alma.

¿De modo que ella aseguraba que prefería a ese mamarracho creado con sobras humanas, alguien que parece la más extravagante propaganda de un centro de transplantes? ¿Así que ni siquiera un breve recuerdo para mí, el campeón de lo macabro?

—¡Traicionera! —le grité entonces, como si pudiera escucharme—. ¿Acaso –de chiquita– no te quedabas como hipnotizada frente al aparato de tvé todos los sábados a la noche, cuando transmitían en Buenos Aires –y en capítulos– la tremebunda historia de mi vida? ¿Acaso no devorabas –reiteradamente– la obra de Gastón Leroux, que la narra con pelos y señales? ¿Quién era –si no– la más entusiasta consumidora de cuanta película se filmó, basándose en mi tragedia?

Ah, la ingrata... De ese modo me pagaba el pánico que había experimentado gracias a mí... Yo no podía soportar tamaño olvido...

Entonces, decidí aparecerme frente a ella y exigirle una reparación del daño que me estaba causando. De lo contrario...

Esa vez sentí —con insólita intensidad— el placer de ser un fantasma, que sus ventajas tiene, claro: no me cuesta nada trasladarme a través del tiempo y del espacio...

Ella se hallaba sola —en un camarín del canal— quitándose el exceso de pintura con el que la habían maquillado para su presentación en el programa, que acababa de concluir.

De golpe, me planté a sus espaldas y me quité la máscara que oculta el espanto de mi rostro desfigurado.

Me vio a través del espejo. Ignoro si tuvo conciencia de que yo estaba *realmente* allí o si creyó que era un producto más de su imaginación. Porque lo cierto es que —enseguida— se volvió hacia mí, abandonó la butaca y me estrechó en un abrazo, a la par que murmuraba: —Erik... Oh, Erik... Hace tanto... sin sus noticias... ¡Y qué extraña coincidencia! Venir justamente hoy... fecha en la que conté que —pronto— se va a publicar mi nuevo volumen de cuentos de terror... y expresé mi deseo de que fuera *usted* quien escribiese el prólogo...!

Yo no había visto el final del programa, ocupado como había estado durante esos segundos con mi vertiginosa mudanza desde Europa hasta los estudios de la telemisora argentina. Por eso, su actitud y sus palabras me tomaron totalmente por sorpresa. Se me antojaba oír

la más hermosa de las arias resonando en mis oídos. ¡Ella no me había olvidado! ¡Me distinguía con su cariñosa evocación y esperaba que fuera su prologuista! El ácido que me carcomía las pesadillescas tripas se transformó en almíbar, bebé.

Y bien; sintetizo: como mi pasión es la música, compuse la romanza cuya letra leerás más abajo, a manera del prólogo que la rubia me pidió (la melodía es un secreto, de mi corazón al de ella..., como también lo es la del texto que se me ocurrió ofrendarle –regalo sorpresa– para el epílogo).

*Ella.* Considero que ni falta que hará –a esta altura de mi relato– que te confirme que se trata de la encantadora y nunca bien ponderada Elsa Bornemann, ¿no?

Buah. Me toca despedirme –hasta el fugaz reencuentro de última página– con el convencimiento de que este libro que está entre tus manos y bajo la incanjeable mirada de tus ojos ha de convertirse en un extraordinario “best-seller” de la literatura dedicada a los jovencitos.

PALABRA DE FANTASMA, BEBÉ.

ROMANZA DE APERTURA PARA  
*QUERIDOS MONSTRUOS*

*Con los pelos de punta...  
Con la piel de gallina...  
ya la noche despunta  
y el horror se avecina.*

*De amores embrujados,  
de hechos truculentos  
o bien afantasmados  
se trata en estos cuentos...*

*Historias inquietantes...  
Pavorosos enredos...  
Seres espeluznantes...  
te harán caer de miedo.*

*A enfrentar el espanto  
que se abre la función.  
(Desde ya, te adelanto:  
te helará el corazón...).*

*A ajustarse el cinturón  
que empieza el viaje...  
Será fuerte la emoción:  
¡Junta coraje!*

FIRMADO:  
EL FANTASMA DE LA ÓPERA

P.D.: ¡Seguro que –ahora– el que deberá de estar  
trinando de celos es El jorobado de Notre Dame, ja!



## EXTRAÑO AMOR

**C**omenzó su breve recital melódico con un carnavalito.

Esa tarde, podía hacerlo tranquila porque estaba sola en casa. De lo contrario, rezongos de su mamá, protestas de la abuela y risueños comentarios del padre. Rezongos y protestas solían resumirse en una misma censura que le repetían hasta el hartazgo: —Las niñas no *deben* silbar, Mila; es asunto de varones.

Los comentarios de su papá —en tanto— aludían a cuestiones ligadas con la música: —¡Déjenla! ¡Ella se quiere convertir en la gran silbadora nacional! Cree que la van a contratar en el Teatro Colón cuando vivamos en Buenos Aires, para que maraville a todos los auditorios con su arte exquisito...

Lo cierto era que Mila silbaba porque sí, cuando se sentía contenta, feliz, como ese día —por ejemplo— en el que había recibido carta de su madrina desde la Capital Federal, anunciándole su próxima visita a fin de estar presente en su cumpleaños número trece.

Lástima; no había nadie a quien contárselo... Seguro que su mamá y su abuela no iban a regresar hasta la nochecita. Habían viajado —muy temprano— hasta la ciudad de

San Salvador para efectuar varias compras y algunos trámites. Faltaban pocas semanas para la mudanza y era mucho lo que había que preparar y dejar resuelto antes de partir.

El papá acostumbraba a volver cerca de la medianoche, tan sobrecargado de trabajo como andaba en esa época en que todo parecía salirle mal, aunque se ilusionaba al pensar que las cosas mejorarían una vez que se radicaran en la gran ciudad. Y tampoco había encontrado al Chacho, su vecino y amigo del alma, al que llamó por encima de la medianera para enterarse de que estaría cazando liebres, según le informaron sus hermanitos.

—Y bueno —se dijo Mila— por lo menos puedo silbar en paz. E inició entonces las primeras notas de “El cóndor pasa”, una de sus melodías favoritas, esa que sólo podía silbar a gusto en la soledad del monte cercano a su casa, ese por donde el Chacho acostumbraba a cazar y a donde a ella le encantaba pasar tantos ratos.

Desde que habían nacido ambos vivían con sus familias en un pequeño pueblo jujeño, por lo que el conocimiento que poseían de aquel lugar casi selvático podía compararse al que cualquier chico porteño tiene de la plaza de su barrio... La madrina —cuya carta había desatado la alegría de la nena— también era oriunda de ese pueblito pero estaba radicada en Buenos Aires. Y era ella la que había convencido a la familia de Mila para que también se trasladara a fin de tentar suerte más propicia. En la capital —les decía— hay más oportunidades de conseguir un trabajo que rinda económicamente...